

Los que aspiran a la MEDALLA de HONOR de la EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES



JUAN VILAPUIG

JOSE AGUIAR

EUGENIO HERMOSO

VAZQUEZ DIAZ

GUTIERREZ SOLANA

SORIA AEDO



LA ESTRELLA LITERATA

ROSALIND Russell, la gentil estrella de la pantalla norteamericana, es una de las mujeres más distinguidas e inteligentes de Hollywood y el círculo de sus amistades está escogido entre la más selecta minoría de artistas e intelectuales. Rosalind es escritora en muchos de sus ratos de ocio y sus trabajos literarios se publican con seudónimo en varias revistas de los Estados Unidos, con la única condición de no revelar el nombre cinematográfico de la autora, por ser deseo de ésta que su carrera artística no influya en sus actividades de escritora.

BUENAS NOCHES

LA ESCOBA como símbolo POLITICO

DURANTE la agitada campaña electoral de 1888 en Norteamérica la pugna entre los partidos demócratas y republicanos era, como es de presumir, muy enconada. Las manifestaciones y los mítines se sucedían y en estas aglomeraciones los republicanos lucían como símbolo de sus aspiraciones políticas el objeto cuya principal misión es la de barrer. Los manifestantes mostraban el atributo de la limpieza casera gritando:

—¡Con esto barreremos a los demócratas!

Hay que convenir que no eran muy cruentas las intenciones de aquellos republicanos.

INDEMNIZACIONES por causa de guerra

Es muy difícil que al final de una guerra el vencedor sepa exigir al vencido unas indemnizaciones justas y equitativas.

Las reparaciones por daños ocasionados, tanto materiales como espirituales, han sido satisfechos, según la Historia, en las más diversas formas y especies. Unas veces se reclaman enormes cantidades de dinero; otras, víveres y municiones; otras, islas o territorios continentales; otras se demandan hombres... ¡Todo sirve a la hora de pedir!

Ni que decir tiene que las indemnizaciones pueden ser grandes negocios. Si se tropieza con una nación que ha caído conservando llenas sus arcas, no cabe duda que puede darse el caso del general que se lamenta haberse quedado corto en sus peticiones. Pero lo más corriente es que la exigencia de unas cláusulas imposibles de cumplir dejen sin efecto las excesivas reclamaciones...

Conocer la capacidad de indemnización del sujeto vencido es muy interesante, tanto en materia de Derecho privado como de Derecho internacional. Se cuenta el caso de un modesto comerciante que por equivocación fué una vez azotado por un poderoso industrial. Contó el número de latigazos que le había propinado el irascible multimillonario, y después reclamó por cada latigazo recibido 30.000 dólares. Como sobre sus costillas cayeron 40 zurriagos, resultó que se metió en el bolsillo 1.200.000 dólares y después le hizo la competencia a su castigador.

Nosotros, desde luego, no aconsejamos un cálculo tan aquilutado; pero sí importa saber hasta dónde puede resarcirse una nación vencedora de los recursos del vencido... Cuando las guerras se llevan hasta el agotamiento, la catástrofe que le sigue es irreparable... Y los pleiteantes tienen que ayudarse unos a otros si no quieren ambos perecer entre ruinas... ¡Todo por no haber calculado sabiamente el número de los latigazos!

BUENAS NOCHES

BUENAS NOCHES

Jueves, 14 junio 1945

Año II Núm. 56

Redacción y Administración:

PUEBLO

NARVAEZ, 70
Teléfono 62600.
Apartado 517.

Por si USTED NO LO SABE

ANTIGUAMENTE se castigaba a los ladrones quemándoles las palmas de las manos y cuando alguno había de hacer algún juramento, al verse la señal de la quemadura, se consideraba su juramento sin validez.

EN Rumania, Servia y Grecia hay más hombres que mujeres.

ALGUNAS ardillas tienen en la cola una especie de escamas, que hacen el oficio de clavos, con los que se apoyan para trepar más fácil y rápidamente por los troncos de los árboles.

LA superstición más extendida es la de que las herraduras de caballo encontradas, usadas, en los caminos dan la buena suerte.

LA antigua población de Babilonia, considerada como la más populosa de la antigüedad, no excedió nunca de 1.200.000 habitantes.

PEQUEÑA HISTORIA DE UN TRAJE DE LUCES

Perteneció a Frascuelo, ha estado más de cincuenta años guardado en un armario y en la actualidad evoca sus tiempos desde un tenducho del Rastro

En el cartel, grandes trazos azules anunciaban: "Se compra toda clase de ropas y objetos"; y debajo del llamativo letrero yo había visto siempre que pasaba frente al tenducho oscilar como un pendulo bajo la caricia del viento al reluciente pinjajo del viejo traje de luces...

Y lo extraño fue que desde el primer momento sentí una gran curiosidad inexplicable hacia él y una rara sensación de intimidad por su seda raída y sin calor, por sus lentejuelas pálidas y tristes... Un día el dueño del puesto—gordo, grasiento, con unas cejas como cepillos—me dijo que aquel vestido de torero había pertenecido nada menos que al gran Frascuelo. Y que encerraba toda una emocionante historia de la que él conocía bastante... "Pero es mejor que se la cuente él mismo, caballero. Sepa usted que el pobre está escribiendo sus memorias. Delirios de grandeza, ¿comprende?" Esto me dijo el chamarrero, y como ya era tarde, el viejo traje, igual que cualquier personaje de actualidad, me dio cita para el día siguiente...

PRIMEROS RECUERDOS

—Yo nací hacia el año mil ochocientos setenta y tantos, en un taller de costura de la sevillana calle del Lirio... En el momento en que me remataban el primer alfiler me empecé a sentir, me di cuenta de que vivía... Mis primeros recuerdos, por lo tanto, son unas voces—las de las bordadoras—cantando y el trinar de un pájaro y el gloglu que hacía el chorro del agua al caer en la taza de piedra de un surtidor que había en aquel patio.

—¿Cómo era usted de joven?
—¡Qué lástima no conservar ninguna fotografía! Quizá pienso que soy un fatuo exagerado, pero la verdad es que era un traje de los más caros—costó más de mil quinientos reales—y de los más bonitos. Mi color era tabaco y oro y recuerdo que el diestro, al verme terminado, me dijo:

LA TARDE AQUELLA

—¿Se cumplió el vaticinio?
—Aquella profecía, que de haberse realizado me hubiera hecho famoso, quedó, por desgracia, en el aire. Salí por primera vez al ruedo en una tarde en que el sol caía a plomo sobre mis lentejuelas. Creo que fue en una Plaza del Norte; lo cierto es que aquella vez Frascuelo estuvo mal, muy mal. Y en las siguientes corridas en que me lucí, todavía más desafortunado... Una de esas veces, ya en la alcoba del hotel y mientras me colgaban en el respaldo de una silla, oí decir al mozo de espaldas: "Maestro, este traje le trae mal faro." El "negro" era un valiente que no tenía a las supersticiones, pero después de la cornada de Bilbao decidió abandonarme...
—¿Le llevaba a usted sobre los hombros aquella vez?
—Sí, y todavía aquí, en el pernil derecho del calzón, se me nota el surcido trágico. ¡No lo ve! Siempre que recuerdo la tarde aquella creo sentir el calor espeso de la sangre, manchándome.

A CADENA PERPETUA

—¿Y después?
—Después vinieron los largos días del abandono. Un admirador del maestro, don Miguel Jiménez, se encaprichó de mí y no cesó hasta que "el negro" me regaló a él en calidad de recuerdo. Al principio, hasta la muerte de Frascuelo, me tuvo preso en una vitrina de su despacho. Pero fueron pasando los años, no le interesaba ya a nadie mi persona y los hijos de mi segundo dueño decidieron entonces encerrarme en un armario. Allí, envuelto en tinieblas y polvo, medio devorado por la polilla, he vivido más de cincuenta años...



Esta es la parte—aunque no lo parezca—menos triste de sus memorias. Al salir de su cuerno supo de la tremenda amargura de ir, como la falsa moneda de la copia, rodando de una mano a otra... Así, hasta llegar al tenducho del Rastro—me dijo—, donde me voy deshaciendo poco a poco. Entero, por favor, de si hay algún aficionado que quiera comprarme, algún musco taurino que pueda proteger mi vejez... (Y al exclamar esto, dos lentejuelas cayeron al suelo, desprendidas de sus caireles; dos lentejuelas que tenían sobre la tierra el mismo fulgor triste de dos lagrimones sentimentales.)

Juan FORTEGA

GONZALEZ MARCOS

En mi visita al artista en la Exposición que estos días celebra observo que su genio españolista trasciende hasta en la tela más pequeña. Como pintor de toros es hoy uno de los más valiosos, entre los pocos que poseemos en España. Después de Roberto Domingo y Ruano Llopis, González Marcos es el heredero de este arte rápido y fugaz. Calor de la pintura de Doménico, dijo un crítico, que tenían los lienzos de este pintor, y en verdad es así.

—Verá usted: Mi vocación a la pintura de toros nació al lado de mi hermano, que fue novillero excelente. Mis padres me llevaron a Segovia teniendo yo ocho años. Allí fui creciendo, manteniendo luchas intestinas con mis mayores porque no querían que fuese pintor. Desde la Escuela ya me tiraba el arte de pintar, pues cuadré un libro con hojas blancas que cayese en mis manos era pasto de mis lapiceros. Una vez extravié unas pesetas, que guardaban mis padres, en comprar colores, y la paliza que recibí fue de abrigo... No obstante, no pudieron quitarme la afición.

—Pintar ante un toro será muy expuesto.
—No lo crea. Mis bocetos o apuntes los tomo desde lo alto del chiquero o algunas veces desde la andanada de la Plaza. Pero en cierta ocasión visité el campo de una ganadería en Salamanca y tuve la suerte de rascarle la frente a un toro sin que me pasara nada.

—¿Ha pasado muchas dificultades?
—Fatigas bastantes, porque ya casado me vine a Madrid, en donde nací, y para probar mi fortuna elegí tres pequeñas tablas que había pintado con el asunto de toros y lanzándome a la calle fui en busca de comprador. El destino me guió hacia el Rastro y en una tienda de compra y venta de antigüedades llamada "El Niño" comencé mi odisea.

—"El Niño", persona entendida en arte, al ver mis pequeñas pinturas me dijo: "Estos toros se los pago a tres duros y si me trae usted una colección de quince a veinte, se los pagaré a veinticinco pesetas."

—¿Repitió la suerte?
—Naturalmente. Al poco tiempo le llevé al "Niño" la colección pedida y me pagó santamente. Más tarde ya le hice

PINTOR de TOROS

Proyecta exponer sus cuadros en PARIS y en AMERICA

Otros asuntos de toros que me pagó a 300 y 500 pesetas. Después me hice la idea de que mis trabajos habían de gustar y pinté cuadros para mi primera Exposición de obras, que fue en 1943. No me conocía el público, pero desperté interés, y este año he realizado la segunda, vendiendo todos mis cuadros de toros. El empresario de la Plaza de Madrid me compró tres obras; entre ellas un bodegón de caza. Esta es la tercera exhibición



que celebro desde que soy pintor. En la nacional de este año me han admitido dos cuadros.

—¿Cuántos cuadros de toros ha vendido desde que pinta?
—Unos cien.
—¿Qué aficiones tiene fuera de la pintura?
—La música y el teatro de zarzuela, pero el género chico de otros tiempos.
—¿Qué pintores de toros le gustan más en España?
—Roberto Domingo.
—¿Y pintores de Historia?
—Benedito, Zuloaga y Sotomayor.
—¿Y dibujantes de toros?
—El fallecido Ricardo Marín.
—¿Qué obras prepara usted ahora?
—"Dolor" y "La oración". Son

Sus obras primeras las vendió a 3 DUROS cada UNA

dos de los aspectos más dramáticos de la vida del torero: Dolor, cuando muere el diestro y sobre el féretro la amante anegada en lágrimas. Oración, cuando el torero se despidió de la Virgen rezando por salir triunfante. Estos los pinto de noche.

—¿Cómo es eso?
—Yo pinto de noche, hasta las cinco de la mañana, porque por el día debo atender una pequeña industria que tengo. Descanso después de comer.
—¿Qué futuro prepara?
—Celebrar una Exposición en París con obras ya de envergadura. Después pienso ir a América.

Al despedirme de González Marcos vislumbro en sus ojos un ayuno de sueño tranquilo y un afán de dinamismo propio de la lucha de la vida; una inquietud, tal vez precursora de un amanecer triunfal.

CARRATALA

BOLSA TAURINA

El toreo de las tres uves

gada de tanta currinchería y tanta conveniencia particular, evolución en la Plaza madrileña hacia un sentido primitivo del espectáculo. Si generaciones y generaciones de toreros afianzaron el arte de los Palomo, esas cumbres toreras, mantenedoras del interés y maestras al día, al no dejarse ver por la afición de Madrid, siembran en el gusto del público la emoción primaria de la fiesta. Y se olvidan exquisitices y filigranas, y las gentes—que no ven otra cosa—se entregan y rinden al valor sin trampa ni cartón y que para la torería es tan esenciales y la musculatura al viajero de tranvía.

Como en esta Bolsa no se vive de fantasías, bien palpable tienen ustedes esta actitud del cial como la charla a las seño-

público al ultravalorizar con su entusiasmo a ese Morenito de Talavera que salió del pozo del olvido por propia voluntad y entusiasmo, y, sobre todo, a ese chaparrete moreno, agigantado por su corazón anímico que no debe dejar espacio para otras gaitas anatómicas y que le impulsa a realizar un toro con emoción eterna: el de los valientes sin trampa, a quien la Providencia protege y los públicos se rinden. Y ya por el colorido y el tamaño dicho saben que me refiero a Cañitas, al mejicano Carlos Vera—de Carlos va el triunfo de los mejicanos en España—, que con su concepto primario de lo que es ser torero, de las tres uves—valía, valor, voluntad—nos va a hacer ir a la Plaza en calea y enchisterados, como cuando a los cosos se iba para admirar a los valientes, a esas generaciones de toreros cuyas suertes favoritas no habían adquirido en su denominación terminaciones en "ina", como pócima de botica.

¡Adelante los valientes! ¡Bien por el primitivismo de la fiesta! Si no vemos a los geniales, hay que ovacionar a los de las uves que acuden al coso sin remilgos, esos remilgos y conveniencias que han hecho en esta semana suspender varias corridas y dejar medio averiadas otras.

Valor, con apoteosis se paga. ¡Toreros! ¡Suscribirse!—B.

El tabaco adelanta las CANAS y produce PALIDEZ

Si usted, gentil señorita que sigue el rastro de la moda, consume varios cigarrillos rubios al día en la creencia de que matiza por simpática su preciosa cabellera, está en un profundo error. Apurar o sorber ligeramente esos leves cilindros aromados que encierra suavemente en su bolso no producirá a sus trenzas rubias y onduladas sino una dolorosa metamorfosis perjudicial para su auténtica y sabrosa juventud. El tabaco, señorita, es terrible reconocerlo y darlo así, de repente, a la publicidad, ahora que la Arrendataria aumenta la ración decenal, es un agente difusor del envejecimiento. Porque esa al parecer inofensiva planta para quemar, según recientes estudios estadísticos de unos hombres de ciencia, está demostrado que hace envejecer a quienes la consumen habitualmente antes que a quienes se guardan muy bien de adquirirla, y mucho más de comprarla para su inocente deleite. Además, también es peligrosa para la

NO FUME, SEÑORITA

conservación de una piel atrayente y fresca. Porque está también perfectamente comprobado que los fumadores empiezan a tener canas antes que los no fumadores y presentan una piel más pálida, de color céreo. Convertirse en cirio no es nada agradable para una chica bella, de cuarenta y cinco kilos, según la estandarización en dogma, ¿no es verdad? Pues sepa usted, señorita, que esta palidez se debe a que el exceso de nicotina provoca el espasmo de las arterias, y a consecuencia de ellos la piel palidece. Y ¿qué no sea posible corregirlo ni siquiera con la borlita esa misteriosa de su estuche de calle.

Sea como quiera; la verdad es que las observaciones científicas a que aludimos permiten concluir que el envejecimiento del cabello guarda determinada relación con el uso, y no digamos el abuso, del tabaco. Personas que no fuman o fuman poco no empiezan a envejecer hasta los cincuenta y cinco años. El envejecimiento precoz puede ser considerado como síntoma revelador del uso del tabaco.

AYER Y HOY DEL TORERO

LA MODERNA PREOCUPACION POR LA LINEA Y LA ESTETICA

HACE cincuenta años la única línea que preocupaba a los toreros era la ferroviaria. Les traía por la calle de la Amargura el desplazarse en aquellos convoyes lentos, de coches donde todo eran puertas y sin comunicación entre sí; que se detenían, como los tranvías actuales, para que el maquinista mitiga-se su sed o el fogonero o el revisor—eso de inventar es más moderno—entregara un cargamento o cambiase unas palabras amorosas con la hija de la guardabarrera. Ni siquiera les daba quebraderos de cabeza la línea de la Concepción, pues en su placita, si la poseía entonces, que yo no había nacido aún y lo desconozco, apenas se celebran fiestas importantes por el número ni la calidad.

Ya al triunfar en los ruedos el Califa, Rafael "Logartijo", por la finura de sus lances, lo acabado y perfilado de todas las suertes del toro que practicaba, se empezó a hablar de elegancia en las reseñas de toros. En primer término porque la figura de Rafael el Grande tenía ya ganado el título, lo mismo con el ropaje corto de calle que con el vestido de torero, y también, claro porque su interpretación del toro había recordado en mucho la violencia, la dureza que hasta pocos años antes habían venido siendo ingrediente imprescindible de la contienda entre la inteligencia y las facultades del hombre y el sentido, la bravura y la agilidad del toro de lidia.

Pero volviendo al tema de la esbeltez, y sin que olvidéis que el torero se hacía antes por sus pasos contados, esto es, cuando era ya un hombre cuajado y se había dejado atrás un trabajo aprendizaje que le permitía mostrarse ducho en todos los tercios de la lidia, el repaso de los diccionarios taurinos más divulgados os habrá hecho familiares las figuras de unos hastiales peludos a quienes los largos oídos y la vida muerta, libre de ejercicios físicos, de adiestramientos y de duchas frecuentes, desarrollaba prestamente la curva de la felicidad, considerada acaso útil para mejor mostrar que habían llegado a maestros, que tenían dinero, se daban buena vida y poseían unas largas cadenas de oro con reluciente onza colgante. Era el escaparaté del bi-

estar y había que conservarlo. Por nada del mundo los hubiera gustado no ya hacerlo desaparecer, sino ni siquiera disminuirlo. Así, de Pepe-Hillo hasta Emilio "Bomba", el mayor de los diestros de Tomares, pasando por Cara-Ancha, veréis que abundaban en la torería los señores tripones, los cuñes habían de prescindir forzosamente de la larga cambiada de rodillos, los pasas afrolados, los molinetes, la chiclelina, la manolelina, la arrucina, la mariposa y no digamos de los estatuarios, porque si algunas de estas novedades son signo de los tiempos e inventos o repentinizaciones de toreros contemporáneos, díganme ustedes si podía ocurrírseles a aquellos jayanes con cien kilos de peso neto concebir cualquiera de esas filigranas y practicarla o querer pasar por transcripción del Apolo de Belvedere.

No ya los caballeros éstos que mencionamos; las propias toreras eran una damas o damiselas de peso. La Reverte venía a ser algo así como la Mae West del ruedo, pero mucho más carnosa. Y las mismas Lolita y Angelita, a pesar de estos tópicos típicos y cariñosos diminutivos "Xigidos por los carteles, tenían lo suyo, más acusado aún dentro de los estrictos trajes de luces.

Ahora, amigos, todo es línea en las Plazas. A su aplaudir y su mayor relieve se sacrifica todo. No se encuentra más que estética por todas partes y predominio consecuente del cuidado de la línea. Y hasta cuando se quiere hablar del estilo o la manera personal de hacer de un torero clasificado, no como en otros tiempos de temerario o prudente, por no estropear otro calificativo más duro, pues no existían sino esas dos clases pareciera indelicado aludir a "su cuerda"—por si es mentar la saga en casa del ahoreado—y se dice "en su línea". Y a este patrón hallan cómodo, ajustarse las más recientes pronuncias: las cuales, ya en el camino de confundir los términos, conservan la línea, procuran plantarse en cualquier línea, imaginando que con poca grasa y siguiendo a los otros en eso de la línea lo tienen todo hecho y les sobra para colocarse en "primera línea".

FELIX CENTENO ha escrito un libro sobre HOLLYWOOD

La ciudad donde las HISTORIAS que parecen inverosímiles son siempre REALIDAD

CON el título de "Historias de Hollywood", el notable periodista Félix Centeno ha editado un libro, en el que se narran hasta una docena de hechos y de anécdotas que sirven para formarse una idea de la forma en que se desarrollan allí los hechos más salientes y, al mismo tiempo, más disparates y más sorprendentemente extravagantes.

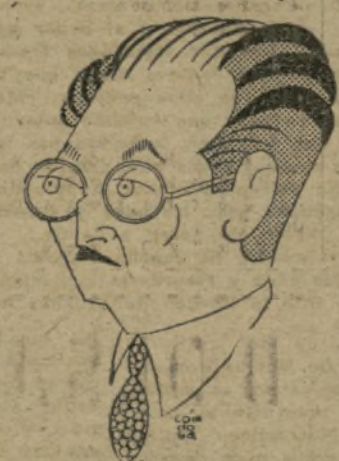
Hollywood es, para todo el mundo, la ciudad de la sorpresa continua, del suceso inesperado y del hecho inverosímil. En el libro de Centeno se han sabido captar y recoger todos los aspectos y las facetas más diversas de la deslumbrante vida hollywoodense. Y están tan bien dibujados los caracteres y las fisonomías, que muchas veces, aunque él no cita nombres, son tan claras y tan seguras las características de los personajes que el lector adivina en seguida su personalidad e identifica en ellos a los más populares "astros" del cine americano.

Para un periodista, "interrogar" a un compañero de profesión ha constituido siempre una "pega"; pero cuando, como sucede en el caso de Centeno, la "víctima" es además un verdadero maestro en la profesión, la "pega" adquiere proporciones casi insuperables. Gracias a que la simpatía y la incansable y amabilísima locuacidad de Centeno allana y hace desaparecer todos los obstáculos, y es él solo, con su verborrea entusiasta, el que se hace a sí mismo la entrevista.

Fuó Federico Sardá—empieza diciendo—, que es uno de los afortunados que "han estado allí", el que, a lo largo de sucesivas conversaciones, me hizo intrigar y entusiasmar ante la obsesión de Hollywood, esa ciudad maravillosa que es sorprendente hasta para los mismos periodistas yanquis, y a la que se han desplazado los mejores reporteros, que han tomado el camino de Hollywood con más ilusión y mayor interés profesional que podían haber tomado la ruta del corazón de la selva africana. Todo, todo lo que se cuenta de allí: rap-

tos, secuestros, divorcios... todo es siempre realidad. Y realidad tan superior a la narración que por mucho que se tilden de exagerados a los "reveladores" puede asegurarse que siempre se quedan cortos...

Y esa admiración hacia todo aquello—prosigue Félix Centeno—fue la que me hizo concebir la idea de recoger unas cuantas anécdotas y sucesos de la vida de allí. Entre Sardá y yo escogimos hasta una docena de "cosas", y después de "adaptarlas" a nuestra mentalidad meridional, es decir, cambiando, aunque poco, algunas situaciones y algunos conceptos para hacerlos más asequibles a nuestra forma de ser, fué cuando decidí hacer el libro. Los sucesos que en él refiero son absolutamente verídicos, aunque algunos parezcan exagerados, y los protagonistas son



asimismo actores de allí, que, aunque por razones de discreción yo no sé sus nombres, creo que están tan "retratados" que todas las chicas modernas que siguen las biografías de los "astros" sabrán identificarlos en seguida.

Entonces ¿tú crees que el libro tendrá un núcleo, preferente de lectores entre eso que llamas "chicas modernas"?

—Creo que a todo aficionado al cine le gustará leer el libro, ya que es el primero que se hace en lengua castellana sobre ese aspecto típico, y no científico ni profesional, del celuloide. Si tú superas la de anécdotas que pudieran parecer inverosímiles, que se positivamente que son verdaderas y que yo, al referirlas, aún las he "achicado" un poco para que no me fiden de exagerado!

Y ya "embalado" de entusiasmos, Félix Centeno me refiere lo que sucedió una vez en un estudio cinematográfico: Se recibió anónimamente un argumento. El director lo leyó como se hace siempre con todos los que se reciben y halló en él tales valores y tantas cualidades para poder constituir un buen film que, valiéndose de una serie de contrasenos y de claves que se daban en el anónimo, citó al desconocido autor. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver aparecer al siguiente día a una niña de catorce años?

—¿Era ella la autora?

—En efecto. Había sido un caso de inspiración verdaderamente precoc. Pues bien: con sólo ese argumento, que constituyó luego una de las mejores cintas de su época, la niña aquella—que era huérfana de un alemán y que vivía sola con su madre en una situación económica no muy brillante—se enriqueció de la noche a la mañana. Fué internada en un colegio "a la última", donde la dieron, por cuenta de los Estudios, una esmeradísima educación...

—Y... ¿siguio de argumentista?

—¡Qué! Hizo luego un par de guiones más; pero como no tenían tanta inspiración y tanta espontaneidad, no resultaron "potables" como el primero, y ella desistió de continuar; pero ya se había enriquecido. ¡Esa es la eterna historia de Hollywood, la ciudad de las grandes posibilidades y de los rápidos triunfos, pero también de los tristes fracasos y de los dolorosos fracasos!

F. L.

La literatura de CARLOTA BRONTE no fué comprendida por sus contemporáneos



LOS hermanos Brontë tuvieron que dedicarse a los trabajos más duros y rudos desde su niñez para poder atender a su subsistencia. Esto era para ellos una doble desgracia, si se tiene en cuenta que ninguno de

El éxito y el amor la llegaron cuando no podían remediar sus desgracias

ellos gozaba de buena salud. La única herencia recibida fué una tuberculosis, que cada día que pasaba minaba con más intensidad su precaria salud, hasta el punto de que varios de los hermanos Brontë murieron en su primera juventud. Hijos de padre alcohólico, los supervivientes hubieron de ser recogidos en un asilo.

Carlota Brontë queda, con sus dos hermanas pequeñas, haciendo frente a los embates de la vida. Y cuando, fatigada del diario e intenso trabajo, debiera entregarse al descanso roba horas al sueño para dedicarse a su pasión favorita: escribir cuartillas y más cuartillas, que con toda ilusión publicaría, pero que en aquellos momentos escribe con vencida de que nadie las leerá jamás.

La señorita Brontë se encuentra con una terrible realidad: el producto de su trabajo no le da lo bastante para atender a su sustento y al de sus hermanas. Quiere trabajar más, pero la resistencia humana—y más siendo tan débil como la de Carlota—tiene un límite.

Desesperada lanza una mirada a alrededor, que no puede ser más triste. Ningún horizonte se abre a su esperanza. Ante ella no hay más que dolores, amarguras y trabajo mal retribuido. La hermana que sigue en edad a Carlota colabora en los escritos de ésta. ¿Por qué no probar? Con nombre supuesto, y tras muchos esfuerzos y sacrificios, logran dar a la publicidad algunos cuentecillos. El fracaso más absoluto corta en flor sus

incipientes actividades literarias. Hay que buscar por otro lado.

FRACASO AMOROSO

Carlota se dedica a los más diversos menesteres. Quiere dedicarse a la enseñanza, pero tampoco prospera en esta actividad. Como institutriz tampoco logra triunfar. Desde Inglaterra se traslada a Bélgica y después de haber aprendido la lengua francesa en tiempo inverosímil, gracias a su inteligencia y tenacidad, abre una escuela en unión de su hermana.

Un año después logra ingresar en el Instituto Heger, de Bruselas. Es allí donde tiene la primera oportunidad de mostrar su talento. El director del Instituto—hombre de maneras corteses, de mirada lánguida y de hablar reposado—, el profesor Heger, sostiene largas y amenas charlas con la señorita Brontë acerca de los métodos de enseñanza y de los planes a desarrollar por el Instituto.

El amor prende en el corazón de Carlota. Su pasión por el profesor Heger crece de día en día, pero el director del Instituto no se da cuenta del volcán que ha encendido en el corazón de la más leal colaboradora. Las charlas pedagógicas—cada día más prolongadas—constituyen la más dulce de las torturas para la señorita Brontë. En más de una ocasión estuvo tentada de declarar su pasión al profesor, pero su natural rubor la contuvo. Carlota abandonó Bruselas, acompañada de su hermana, y regresó a Inglaterra, dejando su corazón en el Instituto Heger.

EL TRIUNFO LITERARIO Y EL MATRIMONIO SIN AMOR

De regreso a Inglaterra, Carlota y su hermana publican algunos trabajos, con escaso éxito literario y económico. La desgracia sigue cebándose en estas mujeres. Un hermano de la señorita Brontë muere víctima de un ataque de alcoholismo y su padre se queda ciego.

Pocos después de estas dos fallacimientos Carlota logra un gran éxito literario al publicar su "Villette". Y es precisamente en esta época cuando se da cuenta de que la tuberculosis ha minado su existencia de tal forma que ya la queda poco tiempo de vida.

El corazón de la señorita Brontë sigue suspirando por el profesor Heger. Se siente terriblemente sola y únicamente es feliz cuando se dedica a sus trabajos literarios. Un hombre bueno y sencillo la requiere de amores, pero Carlota le rechaza, pues no le ama. Pero su soledad la impulsa a casarse con el hombre a quien no ama ni amará jamás.

La escritora inglesa muere al dar a luz a su primer hijo y cuando ya había conseguido hacerse un nombre en la literatura británica. A su muerte se publicaron varias biografías suyas, que parece no ajustaron mucho a la realidad. Todas fueron leídas con avidez, especialmente una, que fué retirada del público por haber dado lugar a un proceso.

La proclamación que hace la señorita Brontë de que el instinto sexual es la suprema fuente de la vida dió origen a ese proceso y a esa retirada. Las novelas de Carlota fueron leídas con extraordinario interés después de su muerte y traducidas a varios idiomas.

Carlota Brontë fué una mujer incomprendida, a quien persiguió constantemente la desgracia. Su éxito literario lo alcanzó después de muerta y se casó con un hombre a quien no amaba, ya que aquel con quien hubiera sido feliz pasó por su lado sin darse cuenta del cariño infinito que por él sentía.

A. I. ARCO

JOSE VICENTE PUENTE ha hecho la novela de las chicas "topolino"

U NO piensa, viendo escribir a José Vicente Puente, que es ese periodista ideal con que sueñan los directores de los periódicos. Para José Vicente no existen pegas de ninguna clase. Poseedor de una cultura nada común—mucho menos común a su edad, treinta años recién cumplidos—se halla en disposición de abordar, si preciso fuera, los temas más arduos y más eruditos. Cuando le vemos teclear en la máquina a la velocidad de vértigo, con los pantalones remangados hasta cerca de la rodilla—costumbre muy suya, como aquella otra de quitarse los zapatos mientras escribía "Gente que pasa", en colaboración con Agustín de Foxá—, nos da la sensación de que un cable invisible une su cerebro con la máquina.

Ahora va a escribir una narración de AMBIENTE TAURINO

Ahora José Vicente acaba de publicar la novela de las chicas "topolino", en la que recoge de forma admirable el ambiente del Madrid de la posguerra. "Una chica topolino" acapara en estos momentos la actualidad literaria, elevando a un primer plano muy destacado a su joven autor, cuya personalidad en el mundo de las letras es de todos bien conocida.

Empecé a escribir en la Prensa en el año 1936—nos ha dicho—. Mi primer libro, "Viudas blancas", lo escribí en cuatro noches, durante un descanso en Burgos. Antes de "Una chica topolino" tengo publicados seis libros: cuatro comedias, la colección de novelas que titulé "Viudas blancas" y un libro de reportajes titulado "Madrid, recobrado". La primera novela larga que publiqué y que yo llamé novela es "Una chica topolino". La escribí en el mes de septiembre del año pasado, al regreso del verano, donde estuve pensándolo. La materialidad de escribir la fué rápida y por eso tiene algunos defectos que sinceramente lamento, pero que no puedo eludir reconocerlos. Sin pedantería en la cita, me remontaré a Erasmo, quien decía que prefería escribir un libro nuevo a corregir las pruebas de imprenta. Terminé esta novela cuando ya tenía entregados los diez primeros capítulos a mi inolvidable amigo Federico Izquierdo Lique, que la publicó en folletones en "Juventud". De acuerdo con él esperé a que la novela estuviese casi terminada de publicar en "Juventud" para hacer esta edición, que tengo que reconocer ha sido acogida con excesiva benevolencia por el público y la crítica, pues en un mes he alcanzado la tercera edición.

—Y en estos momentos, ¿qué labor proyectas?

—Llevo mucho tiempo preparando una novela larga titulada "Fábrica". En tono más ligero seguramente escribiré una titulada "La cornada", sobre ambiente de toros, visto desde un punto quizá un poco irónico y escéptico. Me falta corregir algunos capítulos de una novela titulada "Hay oro en las olas", que sucede en la frontera franco-española antes y después del 36. Pero en lo que estoy traba-

jando ahora activamente es en la labor teatral. He terminado una comedia dramática sobre un caso de sosis inspirada en "El correo de Lyon", titulada "A la primera duda", que he enviado a María Fernanda Ladrón de Guevara. Tengo terminado un sainete madrileño y actualmente trabajo en una comedia titulada "La mañana del jueves".

—¿Qué opinión tienes de la novela?

—Quizá es lo que más me gusta de todo, aunque reconozco que el teatro es más remunerativo.

—¿Y de los novelistas de antes y de hoy?

—Me gustan todos.

Nada más, José Vicente ha cerrado la puerta de su topolino...

J. DE D.



LIBROS EN EL ESCAPARATE

"ANUARIO ESPAÑOL DEL GRAN MUNDO", POR JOSE AUBIN

Una obra es ésta muy útil, interesante y completa, en la que las distintas materias están clasificadas y ordenadas de modo que el lector y consultante encuentra en pocos segundos lo que busca, el dato que le interesa. Esta obra era ya necesaria y su autor, José Aubin, ha sabido superar las dificultades hasta terminar este magnífico "Anuario Español del Gran Mundo", en el que no falta ningún detalle.

"LA MUCHACHA DEL CABALLO NEGRO", POR ROBERT HOWARD

En la colección "Todo", de reciente creación, se ha publicado esta novela de sensacionales y emocionantes aventuras en el Oeste americano, no Oeste modernizado, por cuyo cielo cruzan los aviones y en cuyas montañas se albergan geniales inventores y magos de la radio. La narración hecha con gran amenidad y soltura de pluma prueba la valía del autor, quien modestamente se oculta bajo el seudónimo de "Robert Howard".

Lo que no se ve desde LA BUTACA

El traspunte es la máxima autoridad de telón adentro

ODAVIA está la sala a oscuras. Falta todavía más de una hora para empezar el espectáculo y no ha llegado al teatro ninguno de los artistas. Desde el escenario, con el telón levantado, se ve el interior del teatro y no se baja hasta el momento en que va a empezar a entrar el público, el patio de butacas, a oscuras, está tan vacío que parece la boca de una caverna. Por la puerta de entrada de los actores empiezan a entrar unos hombres que, con prisas, con toda calma, caminando un traje de calle por el "obrero" obreril de la faena. Luego se sientan en un rincón y empiezan a charlar entre sí. Son los tramoyistas. Todavía tienen tiempo de sobra y alguno se acerca a la taberna de enfrente que se abre un poco el gonzate... Han unos minutos más: por la misma puerta entran un viejo y un joven. Son abuelo y nieto. El viejo lleva muchísimo años haciendo lo mismo: el "utilero". El es el hombre que tiene a su cargo todos los detalles y cachivaches que han de salir después en el escenario. Los muebles lujosos del primer acto, sin olvidar el telégrafo que tiene que sonar, y las sillas de mimbre y la escopeta de caza del acto segundo. Y las sillas de té y las galletas y los platos "de pega" para el tercer acto... Y todos los pequeños detalles, esos pequeños detalles que parecen sin importancia, pero que si fuese olvidado alguno de ellos daría lugar a complicaciones y a tantas contrariedades... Pero no hay cuidado: el "utilero" es un veterano del oficio y sabe que no ha de faltarle nada. Y, tranquilo y satisfecho, se mete a dormir un rato en un sillón isabelino que hay en el "guardarropa", que es una habitación grande y desahogada en la que están guardados todos los "cachivaches" que puedan ser necesarios en la escena y en la que están guardadas las alabardas con los picos de billar y los divanes de terciopelo con los sillones cuadrados con un desorden y una comodidad tan grandes que dan la impresión de una pradería... Mientras tanto, el avisador repite de verdad su oficio: "¡Señalado en un rincón, como sabe que aún no tiene que empezar a servir café del momento!" "¡Precio especial para



LOS QUE MANEJAN ENTRE bastidores el TINGLADO TEATRAL

los señores artistas", pues el hombre empieza a tratar de resolver un crucigrama. No se da mucha maña, pero confía en que luego, cuando venga el tenor cómico, Muñoz, lo podrá sacar del todo. ¡Ese sí que se da maña! En unas horas juveniles las que resuenan al oír tres "chicas" acaban de franquear la puerta y se dirigen, jugueteando entre ellas, escaleras arriba, hacia los cuartos en que se viste a conjunto, cerca de los teleros. Y esa cadena de risas ya no cesa. Son otras y otras, las que, alocadas y risueñas, van entrando y sigiendo el mismo camino. Entra también un señor serio y refunfuñado: es el actor cómico, que luego hará morir de risa a los espectadores.

Y así, poco a poco, en un desorden que es, sin embargo, un prodigio de puntualidad, van llegando todos los artistas. La primera vedette entra sonriente y alegre con un aire de colegiala tímida... Los tramoyistas que se habían ido a tomar una copa vuelven acompañados de un hombre gordo, que se dirige a un timbre que hay junto al foso

y da en él una llamada larga: es "la primera", y ese timbre sirve para avisar a los artistas que deben ir preparándose. De los camareros altos —donde se visten las chicas de conjunto— sale un gurgigay de vasos y voces:

—¡A ver! ¿Dónde está la sastre?

—¡Sastre! ¡Suba aquí, al ventanico!

Una mujer menuda y sonriente —cuando ha entrado está mujer que no la hemos visto antes— empieza a recorrer los camerinos: una puntada a esta falda de volantes que ayer se rompió al pisarla involuntariamente la que la llevaba puesta; unos corcussos a este corpiño...

—¡Avisador! ¡Un café al número seis!

—¡Avisador! ¡Al número nueve un "coca-cola"!

El avisador, en vista de que es avisado, deja su crucigrama —luego lo resolverá con ayuda del tenor cómico— y empieza a cumplir sus deberes de camarero de telón para adentro. Naturalmente ha vuelto a sonar el timbre, pero esta vez han sido dos las timbradas largas: es "la

segunda". El traspunte se vuelve al jefe de maquinaria.

—¡Abajo el telón!

En ese momento, fuera, se empezará a "dar la entrada" al público. Los electricistas encienden las luces de la sala y entonces en el escenario empieza una verdadera algarabía: los decorados, que estaban colgados del techo, bajan hasta el nivel de las tablas. Un tableteo de martillazos se deja oír, y el "utilero", que se ha despertado de su modorra, sale llevando en la mano un manojo de flores, una taza y una cucharilla, unas mulletas... El traspunte—que es el general en jefe de todo el movimiento—coloca las flores en un jarrón, la taza sobre una mesa de mármol y deja las mulletas en un rincón del escenario—las usará después el tenor cómico—y se dirige al "utilero":

—¡Y el teléfono que tiene que "jugar" luego?

—¡Ah, sí! Es verdad. Se me había olvidado...

Momentos después el teléfono está colocado en su sitio... El traspunte echa una rápida ojeada a todo y, dirigiéndose otra vez al timbre, da en él tres llamadas prolongadas. Luego se vuelve a los dos "electricos"—que están en su cabina de cuadros y conmutadores—y les dice autoritariamente:

—¡Batería!

En ese momento los espectadores se rebotarán en sus butacas—en las que ya estarán sentados porque también habrán sonado para ellos las tres timbradas—al ver que la luz de la batería se enciende, mientras se apagan todas las luces de la sala.

Mientras tanto, en el escenario el traspunte habrá pronunciado su grito inconfundible:

—¡Que empiece!

Todos los artistas están ya en el fondo del escenario. El traspunte indica los que tienen que intervenir en la primera escena y después de comprobar que están todos colocados, opone el timbre que avisa a los encargados de subir el telón y la representación empieza...

Hasta entonces no ha tenido tiempo de hablar con él un señor gordo y calvo que hay en un rincón. Es el jefe de la "claque". El traspunte le da, breve y concisamente, unas rápidas instrucciones:

—Hoy no aplaudan al mutis de Fernando, el público no ha "entrado" en él. Sin embargo, cuando Luisa termina su "parlamento" la cosa está muy "en situación". Ahí tenemos que arrancar el aplauso, ¿comprendido?

El jefe de la "claque" asiente silenciosamente con la cabeza y se dirige a toda velocidad a su "puesto de mando". Mientras tanto el traspunte, sin perder su dinámica actividad, se dirige a avisar a un actor para que esté preparado para salir a escena. A otros dos actores que están charlando en el fondo del escenario les ruega que lo hagan en voz baja y a los que van haciendo mutis les dice que se vayan a sus cuartos, que él les avisará cuando tengan que volver a salir...

Sigue la representación. Está a punto de acabar el primer acto. El traspunte avisa a los encargados de bajar el telón que se prevengan, y en el momento oportuno, ni un instante antes ni uno después, una timbrada suya hace bajar el telón. Luego, ante los aplausos del público, son sus manos, al oír el pulso, las que hacen levantarse el telón para que los artistas saluden, y es él también el que, graduando el calor de esos aplausos, dispone el número de veces que ha de proceder a alzar el telón.

Ha terminado el acto. Los maquinistas irrumpen de nuevo en el escenario para desmontar, a una velocidad increíble, todo el decorado anterior, y montar, con la misma vertiginosidad, el decorado para el acto siguiente. El traspunte no descansa: va y viene de un lado a otro, preparando otra vez todo; pregunta a los artistas que han tenido que mudarse de traje si lo han hecho ya, y cuando—otra vez arreglado y dispuesto todo—han pasado los minutos del descanso vuelve a oírse nuevamente su voz:

—¡Qué empiece!

Y eso es lo que para durante una representación teatral: vista "entre bastidores".

—¡Qué más quisiera la primavera que oír mi canción! Que la dijera que es la quimera, que es la ilusión, que es la hechicera de la pradera y del corazón.

A ella, altanera, quizá le diera nueva ocasión para que riera... ¡y yo en la higuera, bobalicon!

¡Tonta es si espera que yo la hiciera tal distinción! Mi alma es viajera de exprés, y fuera contradicción que descendiera en la primera linda estación.

I. DE LA UNION Madrid, 3-IV-45.

—¡Qué empiece!

Y eso es lo que para durante una representación teatral: vista "entre bastidores".

Boda relámpago de BETTY GRABLE



Después de la ceremonia cada uno de los conyuges volvió a sus tareas habituales

LAS Vegas es un pintoresco pueblecito de la frontera con Méjico. A un lado, la soñada California. A otro, un cortejo de perfumes gratos al turista. Desde cualquier ventana del hotel del pueblo—un destaralado y pardo caserón—se divisan dos mundos geográficamente unidos, pero distintos en sus gustos y sus costumbres.

Una noche llegó a Las Vegas, cuando ya los ecos de la orquesta del único baile del pueblo se perdían entre las frescas plisadoles y el laberinto de sus callejuelas, un automóvil gris, cubierto de polvo y de confort.

Atravesó el pueblo y se dirigió lentamente hacia la estación. Dos mujeres elegantemente vestidas bajaron. La una, joven, nerviosa, bonita. La otra, mayor, pausada, interesante. Dos mundos también amigablemente unidos, pero distintos de carácter.

La joven era Betty Grable, la cual había trabajado, como de costumbre, en los estudios de Hollywood aquel día. Al anochecer, acompañada de Mae Foster—doncella, administradora, cerebro—, se había sentido ante el volante de su coche, y entre ondulaciones y risas apareció plantada a las dos de la madrugada en la estación de Las Vegas.

Al rato llegaba un tren de Nueva York y un marido. Un marido que era un buen director de orquesta y célebre cornista, llamado Harry James, el cual descendió del vagón fresco de aspecto y de buen humor. Se estrecharon las manos sonriendo. Y ya los tres se metieron en el coche de Betty camino del único hotel del pueblo.

Betty y James, en la intimidad de aquel caserón en donde la acogida era siempre buena y nunca recelosa y la curiosidad que despertaban en otras partes los demasiado conocidos, aquí es indiferencia, fué su lugar de casamiento.

La boda fué rápida. Puede decirse que se casaron con el motor del coche al ralentí. Y el amor, que es una cosa imposible de describir, levantó de la cama, ya las cuatro de la madrugada, a un pastor y a un escribiente de Juzgado. A las cuatro y media se casaban Betty y James, acompañados de Mae, de algunos curiosos y de millones de mosquitos.

Lo único interesante de la ceremonia fué que Betty, en un arranque de sinceridad, declaró su edad. Dijo tener veintitcho años, y James, por no ser menos y ya empezar a imponerse, veintinueve.

Inmediatamente después iniciaron su viaje de luna de miel, de vuelta a Hollywood. Betty tenía que trabajar en las primeras horas del día en una película de la 20th Century-Fox. James tenía que ensayar con su orquesta para una audición radiofónica.

Una boda tan relámpago, en la que no hay para los invitados su café y su poquito de baile, puede ser una boda fracasada. Esto es una opinión particular, ¡naturalmente!, pues nosotros estamos acostumbrados al café de San Isidro y al melendero. Pero comprendo que a Betty y a James, dos artistas acostumbrados desde niños a una disciplina constante por su carrera, les habrá parecido la cosa más corriente del mundo. De todas formas, les deseamos felicidades.

Ramón LEBRERO

CUENTO DE HUMOR

CONOCI a Edmundo Papillon, el sabio entomólogo, cuando ya era un anciano. Todas las paredes de su casa estaban cubiertas de cuadros y vitrinas de cristal, en las que uno podía admirar la más variada y sorprendente colección de mariposas... Pero lo más notable del sabio Papillon era su orgullo. Cuando le hablaban de cualquier otra cosa que no fuera la mariposa y persecución de un lepidóptero, solía mirar a su interlocutor con marcado desprecio... Nada hay más emocionante que la caza de una mariposa, ¡ni más peligroso! El hombre sediento de aventuras debe ir a la selva a cazar mariposas... Todo en las mariposas es hermoso: los huevos blancos y parecen microscópicos bombones; las larvas ofrecen vistosos colores; las crías puestas a veces capullos de seda, y cuando surge la mariposa, parece una flor viva... En Ceilán, la isla de las mariposas, todo el aire es una mariposa de color. Allí van los famosos coleccionistas en busca de la mariposa que les interesa. Fíjense ustedes en los nombres: la "Gran Amazona", la "Armadilla", la "Diadema",

EL CAZADOR DE MARIPOSAS

la "Duquesa", el "Gran Pavón", la "Emperatriz del Paraíso"... El zigzag desconcertante de su vuelo hace muy difícil su caza... Y no hablamos de las mariposas nocturnas. Las diurnas se mimetizan con las hojas de los árboles y se burlan de uno ante sus propias narices... Los coleccionistas seguimos a veces la pista de una "Ornitóptera" años enteros... El cazador a menudo entrega su vida tras de una mariposa de brillo metálico que se alza de una flor y se va a posar un poquito más lejos...

En aquel momento yo empecé a manotear en el aire. Por la ventana abierta del recibidor, atraída por la luz de una lámpara, acababa de entrar una falena primaveral...

—¡Alto! ¡Alto! ¡Por favor! ¡No me la estropeen!

En seguida el sabio se acercó a un armario y sacó una caña de bambú, le encastró el aro con la redcilla de gasa y corrió con una asombrosa agilidad tras la mariposilla...

La persecución fué accidentada: derribó una mesita, un maravilloso jarrón chino que se hizo añicos y destruyó una araña de cristal...

Pero la falena estaba allí, dentro de la red... Nosotros mirábamos la catástrofe de aquellos objetos de arte... El ento-

mólogo exclamaba lleno de satisfacción:

—¡Es una falena encantadora! ¡La voy a meter en mi botellito de cianuro potásico!

PLIN

INEDITOS

¡Que no, hombre, que no!

¡Qué más quisiera la primavera que oír mi canción! Que la dijera que es la quimera, que es la ilusión, que es la hechicera de la pradera y del corazón.

A ella, altanera, quizá le diera nueva ocasión para que riera... ¡y yo en la higuera, bobalicon!

¡Tonta es si espera que yo la hiciera tal distinción! Mi alma es viajera de exprés, y fuera contradicción que descendiera en la primera linda estación.

I. DE LA UNION Madrid, 3-IV-45.

—¡Qué empiece!

Y eso es lo que para durante una representación teatral: vista "entre bastidores".

